

Eso es, digamos, lo verdaderamente importante, y la reconciliación de ambos pueblos sirve de música incidental al libro.

Nada importa, por consiguiente, la vieja querella de la familia falcónida con la familia catártida: las águilas y los cóndores nuevamente se han hermanado en la maestría de su vuelo.

BRAULIO ARENAS

<https://doi.org/10.29393/At453-454-43CCHP10043>

## LA CASA CONTIGUA

De *Erich Rosenrauch*

Editorial Pehuén, Santiago, 1986

Las cosas viven, adquieren personalidad, tienen un ser propio muy diferente (por oposición y por proximidad) al de sus usuarios, sobrepasan la realidad física hasta alcanzar el reino de lo misterioso. Si esto no ocurre frecuentemente en la vida cotidiana, se da con cierta frecuencia en la vida de la imaginación creadora.

Como en *El castillo de Otranto* de Walpole, el castillo *es persona*, es un ser vivo, abarcador, temible, difuso, omnipresente: Como en *Las cosas ven* de Eduardo Estaunié, el espejo, el reloj y el escritorio conocen todos los recovecos de la historia familiar y tienen voz para contarlos a los lectores. Pero no siempre es imprescindible tan decidida *impersonación* y este fenómeno de traspaso de la realidad humana a la realidad de las cosas inertes es un *impregnarse* la materia de las emanaciones espirituales, éticas, de sus poseedores y habitantes. Cuando hablamos de que algo, un lugar, una sala, tiene *ambiente*, estamos señalando, acaso sin pensarlo, este traspaso, este endoso que va de las personas al mundo que las rodea y que no puede ser extraño a ellas en la medida en que sean realmente personas y no sombras o espantajos.

Algo de este misterio circula en el trasfondo de *La casa contigua*, curiosísima, singular novela de Erich Rosenrauch (Editorial Pehuén, Stgo. 1986): dos viejas casas de arquitectura respetable, muy dignas a su manera de tiempos idos. Una es un convento de frailes. La contigua es un burdel. Sólo las separa un jardínillo, en lo físico. De una a otra corre un flujo subterráneo que toma cuerpo en el novicio curioso y en la asilada que busca algo sin saber qué. Y como un *medium* entre convento y burdel el viejo lechero, con algo de serpiente paradisiaca y de *Asmodeo voyeur*.

¿Qué ocurre? Prácticamente nada. Los hechos, ínfimos, cuentan menos que la resonancia que provocan en el interior de los escasos personajes. Y aún más que ellos cuenta la sensibilidad desollada del autor, que siente y percibe como en carne viva. A ratos, esta lacerante percepción tiene destellos casi geniales: "Ese esplendor se parecía a la vida sobre todo por su extinción inminente".

Su modo de ver los colores, las formas, de experimentar "La noche a plena luz",

todo en este autor tiene una carga de originalidad que se balancea al borde de lo desusado.

HERNAN POBLETE VARAS

## DESPUES DEL SILENCIO

De *Jonás*

Ediciones Alta Marea, El Tabo, Chile

Los balnearios chilenos se han entendido bien con los escritores. El caso más claro es Isla Negra, con sus habitantes famosos: Neruda, Nicanor Parra, Carlos Rozas. El Tabo, tan vecino, no lo hace mal, con Pedro Prado, Guillermo Blanco y —ahora— *Jonás*.

Desde su familiar El Tabo, *Jonás* (Jaime Gómez Rogers) nos envía cada cierto tiempo unos libros pequeños, sin la más mínima pretensión de elegancia, con portadas en verde claro, con tipografía de máquina de escribir. Corresponden a un sello que alguna vez habrá de ser recordado, *Alta Marea*. Hace poco fue una Antología de poemas manuscritos, hoy es un texto bilingüe castellano-ingles del propio *Jonás*. Título sugerente: *Después del silencio. After silence* traduce a la letra y en el espíritu Margarita Policiano, de la Universidad de York. Porque *Alta Marea* anda en trances internacionales. Claudio Durán, chileno que se desempeña como jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad recién mencionada —Ontario, Canadá—, sirvió de enlace.

Buena idea, realización digna de elogios.

*Jonás* es poeta de voz clara y definida. Ama la naturaleza —el agua, el aire, los pinos, el silencio— y se adentra por un mundo de personas de carne y hueso, entre las cuales el padre y los hijos tienen cabida muy particular.

Los versos fluyen como si no costaran, con facilidad:

Detrás de los silencios, la voz del agua.  
Ella, misteriosa, sola,  
como si una rosa, como si todos los diluvios.  
Tan verdad y tan honda, solitaria.

No hay afán musical, pero nada en el poema es duro. Las comparaciones, siempre sobrias, se inician con el “como” de la tradición y del decir cotidiano.

El final es intenso, con sus reiterados “tan”, ligeramente indefinidos.

Al lector sensible esta poesía dice mucho. Sólo que hay que leerla en paz, con calma, quizás —idealmente— en el mismo balneario donde nació. Pero es que tal exigencia ha de hacerse a cualquiera que quiera leer un buen poema como Dios manda. La poesía no se aviene con la prisa ni con la urgencia. Quizás por ello no es hoy pan de cada día para la gran mayoría, atarantada, hormigueante.

Y nos preguntamos al terminar la lectura de este buen libro:  
¿Qué puede venir *Después del silencio*?

HUGO MONTES